

sejarte que antes que te resuelvas lo pienses bien, con la prudencia propia de tu carácter.

Así desempeñaba el caballero Labín el cargo de amigo verdadero de Welster, y éste correspondía agradeciendo su instrucción, y observando en cuanto podía sus consejos.

No dejó de traslucirse en la tertulia de doña Eufrosina la mutua inclinación de los dos nuevos amantes, y tanto, que las amigas de Carlota la llamaban *la inglesita*, sobrenombre que á ella no le desagradaba.

El señor Labín, ufano con la resolución que tenía su amigo Jacobo de hacerse católico, fué á casa del coronel y la participó muy plentero. Doña Matilde, desconfiando de la verdad de la vocación, le dijo:

—Yo me alegraré de que piense el inglés¹ en ser cristiano; pero dudo de que lo quiera ser de veras. Carlota se puede lisonjear de esta repentina conversión, aunque yo no quiero creerla todavía; antes juzgo que, si como ella es cristiana fuera mora ó judía, Welster se volviera judío ó moro con la misma facilidad que quiere ser cristiano. Es mucha la fuerza del amor.

—Es cierto, le dijo su marido; pero aun cuando Jacobo quiera abrazar la religión católica por interés de Carlota, no es extraño. En verdad que siendo este solo

¹ Aunque no era inglés lo llamaba así Matilde por su idioma, pues como era angloamericano hablaba inglés. E.

el motivo, no es muy puro; pero la mujer fiel santifica al marido infiel, y muchas veces Dios se ha valido de las mujeres como de medios oportunos para la conversión de los gentiles y aun de reinos enteros. Escribiendo San Pablo á los de Corinto é instruyendo con doctrinas sagradas á la Iglesia de Cristo, que comenzaba entonces y no estaba aún bien enseñada, entre otros preceptos que les dió fué uno éste: «Si alguna mujer cristiana está casada con varón infiel, no lo deje ni se aparte de él; porque algunas veces ha sucedido que el marido infiel vino á ser santo por medio de la mujer cristiana.» Estas palabras trasladó San Jerónimo á una noble señora romana llamada Leta, mujer de Toxacio, hijo de Santa Paula, del cual tenía una hija del propio nombre.

¿Pero para qué hemos de citar casos particulares en prueba de esta verdad, cuando sabemos que las mujeres cristianas colocadas en los tronos hicieron cristiana la mayor parte de la Europa, atrayendo al cristianismo á sus maridos? Por medio de ellas recibieron el Evangelio la Francia, la Inglaterra, parte de la Alemania, la Baviera, la Hungría, la Bohemia, la Lituania, la Polonia, etc., y también por su medio renunciaron el arrianismo la España y la Lombardía. Conque nada nuevo será que Carlota sea el instrumento de la conversión de Jacobo. ¡Ojalá hubiera mil Carlotas que trajeran al

gremio de la verdadera religión otro tanto número de Welsters!

—Ya me convenciste, dijo Matilde; pero satisface mi curiosidad, que quiere saber ¿cómo pasó la España del arrianismo á nuestra religión por medio de una mujer, y qué mujer fué ésa? pues hasta ahora oigo semejante cosa.

—Te daré gusto, dijo el coronel, ciñéndome á la posible brevedad. Habiéndose hecho dueño de casi toda la España Leovigildo, casó de segundas nupcias con Gosvinda, y estableció á Hermenegildo, su hijo, rey de Sevilla, dándole por esposa á Ingunda, hija de Sigisberto, rey de Austrasia.

Ingunda era católica, y su suegra, arriana; pero tan apasionada por su secta, que no omitía diligencia para atraer á ella á cuantos podía. Ingunda debía merecer este cuidado á su buena suegra. En efecto, ésta empleó las caricias, las amenazas, la autoridad, el desprecio y los ultrajes hasta llegar á arrastrarla de los cabellos; pero todo fué en vano, pues la reina cristiana resistió con una inflexible firmeza sus malos tratamientos, y con tan heroica paciencia, que todo lo disimuló y ocultó á su marido, sin quejarse jamás, ni faltar al respeto y afabilidad á su cruel enemiga. Sin embargo, fueron tales los excesos de Gosvinda que llegó á saberlos Hermenegildo, y admirado de la virtud de su esposa, conoció en el con-

traste de ambos procederes la diferencia de las dos religiones, y juzgó que la de Ingunda no podía inspirar tanta virtud sin ser la verdadera.

Con este pensamiento se dirigió á su tío San Leandro, obispo, quien lo instruyó en los misterios de la fe, y abjuró el arrianismo. Este fué el día de mayor gozo para su virtuosa mujer, que no le duró mucho, pues habiendo sabido Leovigildo la conversión de su hijo, se irritó contra él furiosamente y procuró reducirlo á su antigua secta á toda costa.

Probó los medios de la dulzura, le salieron vanos, y se valió del poder. Se dirigió á Sevilla, la sitió, la tomó y cayó Hermenegildo en sus manos. Fué puesto en una prisión, y cuando Leovigildo se cansó de mortificarlo, le envió á ofrecer su libertad y restituirlo á su trono como se convirtiera al arrianismo. El santo presó despreció las ofertas con resolución cristiana.

Por segunda vez le envió su padre á su hermano Recaredo, asegurándole que lo admitiría á su gracia con la condición sola de que recibiese la comunión de mano de un sacerdote arriano. Respondió Hermenegildo que la religión católica no permitía estos disimulos en la fe. Esto irritó á Leovigildo tanto, que inmediatamente mandó que le cortasen la cabeza en la prisión. Su esposa huyó con su hijo Teodorico al África, donde á poco murieron los dos.

Leovigildo lloró después la muerte de su hijo, y su sentimiento se convirtió en un odio mortal contra los católicos. Desterró á los obispos y al mismo San Leandro, su cuñado; despojó las iglesias de sus bienes y ornamentos; quitó la vida á los más ricos y poderosos señores, y cometió otras crueldades semejantes.

En el mismo año se enfermó de muerte, y sucedió una cosa rara estando próximo á ella, y fué que mandó llamar á San Leandro para que instruyese á su hijo Recaredo en los dogmas de la religión católica, y deseando que su hijo fuera cristiano, él murió hereje, sin querer abrazar una religión cuya verdad conoció á las orillas del sepulcro. En una palabra, la virtud de Ingunda convirtió á Hermenegildo, y la sangre de este mártir se logró en la conversión de su hermano Recaredo y de toda la nación de los godos de España.

Esta es en breve la historia, que hace ver cómo una mujer fué el medio de que Dios se valió para que en menos de dos años casi toda la nación goda abjurase el arrianismo. ¿Por qué no se podrá valer de Carlota para que Jacobo deteste los errores de los anabaptistas, que es la secta que profesa, según sabemos por mi amigo Labín?

—Así es, dijo éste, y á más de esa cristiana esperanza, que es la mejor, tenemos otra que se puede llamar política, y consiste en que Welster es muy sensible, tiene talento, ha vivido mucho tiempo entre los

católicos, y está más que medianamente instruído en nuestra religión. Yo estoy acabándolo de catequizar, y creo que no me costará mucho trabajo. Él muchas veces ayuda mi discurso con sus sólidas reflexiones. Si ustedes lo oyeran probar la verdad de nuestra santa religión por principios sencillos y evidentes, se complacieran demasiado.

—¡Ay, como que sí! dijo Matilde. ¿Cuándo nos hace usted favor de traerlo para que tengamos ese gusto?

—Esta misma noche, dijo el señor Labín.

—Pues quedamos en eso: no se olvide.

¿Cómo había de quedar mal el señor Labín? A la noche fué con su camarada Welster, según que lo ofreció, y ambos fueron recibidos de todos los de la casa con general complacencia.

Se les sirvió un refresco que se les había prevenido, y poco después, no pudiendo Matilde resistir más la curiosidad que le devoraba, dijo:

—Señor Welster, ya hemos sabido la resolución de usted sobre hacerse católico, y nos hemos alegrado mucho, y hemos dicho que semejante resolución prueba bien su talento.

—Gracias, señora, contestó Jacobo, por el favorable concepto en que ustedes me tienen; pero mi determinación más es obra del convencimiento de la verdad que del escaso talento mío.